

era un pequeño pecador, y sus deslices, en aquel tiempo mínimos, le pesaban sobre la vacilante conciencia y necesitaba depositarlos, soltar aquella carga que oprimía su alma floja, confiárselos á cualquier santo varón que los absolviese y perdonara. Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en sí propio tiene fe, sin valerse de intermediarios ni correveidiles. Perdieron los ánimos la fuerza para resolver sus conflictos interiores y salir de sus espirituales apuros. La corte y su crecimiento, el cambio en las costumbres cortesanas contribuyeron también á esta situación, arrancando de su soledad bravía á la nobleza territorial, zambulléndola en las promiscuidades más enervantes y desmoralizadoras.

Miguel, que en sí propio, en su espíritu rendido y martilleado incesantemente por los golpes de la adversidad, notaba este desfallecimiento, iba haciéndose cargo de cuán necesarias eran las personalidades superiores, las individualidades poderosas, absorbentes, capaces de conducir á los hombres, de encauzar los hechos, de excitar los sentimientos y de guiar las ideas. Miguel veía desaparecer de la escena de España los héroes de la realidad y ser reemplazados por los de la ficción disparatada.

Ni las peticiones de las cortes de Valladolid en 1555, seguidas por numerosas protestas de los hombres más sabios y eminentes, como los maestros Luis Vives y Alejo de Venegas, Melchor Cano, y Fray Luis de Granada, ni las razones que el venerable Arias Montano, hombre de ojos sagaces siempre abiertos, formuló, consiguieron desterrar la peste de los libros de caballerías, cuya lectura estragaba las almas ansiosas de ver repetirse y abultarse las pasadas aventuras de mar y de tierra hasta tocar en lo imposible y cruzar los linderos de la honesta ficción para entrar en los del desvarío. ¿Acaso no eran libros de caballerías en cierto modo

aquellos tratados de las espirituales conquistas, de los ocultos y secretos reinos y de las moradas invisibles y de los interiores castillos? ¿No lo eran también las relaciones habladas y escritas que á Sevilla la ardiente y la imaginativa y á Cádiz la fantasiosa llegaban de las proezas de los conquistadores y descubridores en el nuevo mundo?

Contra el empuje imaginativo, contra la avidez insaciable que reclamaba constantemente lecturas de este género en que la épica llega á la insania, cuyas lindes ya tocó en el poema de Ariosto, no había recurso que oponer. Endeble reparo á tal invasión fueron las novelas pastoriles y hartó lo conoció Cervantes que había sido de los primeros en oponer la dulcedumbre y suavidad arcádicas al estrépito y baraunda de las caballerías. Persuadido iba estando de que ni sus esfuerzos en seguir la senda de Montemayor y de Gil Polo, ni los de Suárez de Figueroa, Gálvez de Montalvo, Lope de Vega, Valbuena y demás patrulla de los bucólicos, bastarían á otra cosa que á empalagar al público.

Darle poesía pastoril y novela bucólica á quien pedía caballos andantes era como querer saciar con miel y hojuelas el estómago hambriento que pide carne cruda y bodigos de pan de tres libras. Llamar la atención de la gente hacia lo bajo y prosaico de la humanidad, como lo había hecho el autor del *Lazarillo* y lo intentaban ya el propio Miguel y su amigo Mateo Alemán, podía ser un medio para acabar con la balumba de las caballerías, si el libro picaresco lograba entrar en todas las casas y llegar á todas las esferas sociales, lo cual su misma índole impedía que se consiguiese. Las novelas novelescas, como hoy dicen, ó de amores y de aventuras cortadas por el patrón del *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro y tales como la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras, el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso y el *Persiles y Sigismunda*, no se habían presentado aún á la imaginación de Cervantes como un remedio ecléctico y temporizador para el mal de que se trataba. Las imitaciones de los novelistas italianos, en el estilo de las *novelas ejemplares* eran, sin duda, arbitrio insuficiente para lo que se pedía. Al mundo y al vulgo, como él dijo, coincidiendo con su amigo Alemán, convenía tratarle como á niño mal educado,

no poniéndose de frente con sus gustos, sino llevándole el genio y trasteándole con maña, consintiéndole y halagándole.

Por eso, para combatir los libros de caballerías, tan aventajados y lozanos en el sentir del mundo y del vulgo y con tan grandes raíces que al Romancero, á las Gestas antiguas y á los orígenes mismos de la nacionalidad tocan, y prosiguen por la Edad Media en verdaderas historias de reales y efectivos caballeros de ventura, como Suero de Quiñones, como el conde de Buelna Don Pero Niño, como los famosos Mosen Luis de Falces y Mosen Diego de Valera y como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, cuyas crónicas pudieran intercalarse sin desdoro en lo más intrincado del Amadís, no cabía sino escribir otro libro de caballerías mayor que todos los anteriores y sacar á plaza un caballero de carne y hueso y hasta hacerle pelear ya con gigantes imaginados, ya con reales y cogotudos villanos, mercaderes y yangüeses y con fingidas tropas de Alifanfarones y de Pentapolines, en quienes se personificase, para el discreto y advertido, á todos los personajes engendrados por la fanfarria y ficción andaluza y portuguesa, que á tales términos iban llevando á la nación.

Con fruición deliciosa hundía la mirada Cervantes en todo aquel increíble cosmos de vaciedades y absurdos, venido Dios sabe de dónde. Resonábanle en los oídos las antiquísimas historias del caballo mágico, que de la India vino tal vez á posarse en el poema homérico y desde allí corrió por las viejísimas leyendas de Clamades y de Clarimunda, convertidos en Pierres y Magalona ó en el Príncipe Caramalzamán y la Princesa Badura. Montados también en mágicos corceles, en hipógrifos y alfanas, en cebras y dragones iban corriendo por su imaginación los primitivos héroes de las caballerías y de los maravillosos cuentos, Fierabrás, Partinuplés, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe y Tablante de Ricamonte, revueltos con los de las leyendas demoniacas y piadosas, como el San Amaro, gallego, y el Roberto el Diablo, de Bretaña ó Normandía, y con las verdaderas relaciones de viajes y andanzas del Infante D. Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

A este primer escuadrón seguían la infinidad de caballeros

imaginados por gentes que ni siquiera tenían la menor noción de las caballerías, como el famoso y archidisparatado Feliciano de Silva, padre de Florisel de Niquea ó de D. Rugel de Grecia y de tantos otros dislates: como Bernardo de Vargas, sevillano, autor de D. Cirongilio de Tracia, hijo del noble Elesfrón de Macedonia; como Pedro de Luján, á quien debemos el Invencible Lepo-lemo, también llamado el Caballero de la Cruz; como el burgalés Jerónimo Fernández que, desde su bufete de abogado en Madrid, lanzaba al mundo á D. Belianís de Grecia; como la dama portuguesa que continuaba la historia de Primaleón y Polendos; como el curioso dialoguista, poeta y secretario del conde de Benavente, Antonio de Torquemada que, alternando con su *Jardin de flores* y sus *Coloquios satíricos*, compuso el D. Olivante de Laura, príncipe de Macedonia; como el caballero D. Melchor Ortega, que sacó de entre los cerros de Ubeda, su patria, al príncipe Félix-marte de Hircania; y el señor de Cañadahermosa, D. Juan de Silva y Toledo que, en aquellos mismos días en que Cervantes pensaba el *Quijote*, componía el desafortado D. Policisne de Beocia; y el sesudo traductor de Plinio, Jerónimo de Huerta, que imaginó el Florando de Castilla; y el fraile observante Fray Gabriel de Masa, que en 1589 había hecho caballero andante nada menos que al seráfico Padre San Francisco de Asís, intitulándole *El caballero Asisio*. Frailes, damas, caballeros, poetas, naturalistas, secretarios, contadores y gente de toda laya, se entregaban á la composición y á la lectura de los descomulgados libros de caballerías.

La empresa de atacarlos y derribarlos era una de las más grandes que podían ser intentadas por ingenio alguno, y este propósito, no anterior, sino subsiguiente á la gran concepción del contraste humano, como base de una composición grandiosa y definitiva, debió de aparecer entonces claro á los ojos de Miguel, persuadido de las enormes consecuencias morales y literarias que tendría el derrocar la ficción caballeresca, en la que iba envuelto el eterno mal crónico de los españoles, lo que en tiempos recientes se llamó la leyenda dorada, aquel embaimiento y elevación en que viven los espíritus de España cuando fatigados de la acción

por exceso de heroísmo y de energía, se tumban á la bartola pensando en mundos ignotos y en conquistas fantásticas.

Este desequilibrio entre la acción y el pensamiento, esta falta de sangre de hechos que á nuestrás ideas suele caracterizar y, como consecuencia de ella, la ausencia ó carencia de jugo ideal que á los hechos distingue, este divorcio pura y netamente español de la teoría y de la práctica, que nos conduce ó á la utopía del caballero andante ó á la rutina del panzudo escudero y de sus compinches y congéneres los destripaterrones del arado celta... no diré que Cervantes lo meditó y reflexionó sobre ello, sí que la sensación y el presentimiento de todas estas cosas y de otras muchas iba posesionándose de su ánimo y añadiendo nueva substancia de realidad á lo ya pensado de su obra.

Antes que ningún político lo olfateara, excepción hecha de aquellos sagacísimos embajadores italianos, quienes desde los primeros tiempos de Felipe II andaban por toda Europa procurando el descrédito de España, conoció Miguel que ya comenzábamos á bajar la pendiente.

También él iba descendiendo ya. Sin pena y sin recelo se encontraba en el claro otoño de la vida, lleno de visiones de gloria y de inmortalidad, como tantos otros otoños de su malgastada juventud.

Por aquel entonces, para más espiritualizar y desinteresarse su vida, le ocurrió una gran desgracia, de la que no podía lamentarse. Murió Ana Franca, Ana de Rojas ó Ana de Villafranca, esposa de Alonso Rodríguez, la mujer á quien Cervantes había amado cuando se decidieron á casarse él con doña Catalina, y Ana con Alonso Rodríguez.

¿Se ha pensado bastante lo que fueron estas dos existencias rotas por siempre para el amor? Murió Ana Franca, esa desconocida hembra que fué para Cervantes fecunda y de la cual no encontramos rastro alguno en todas sus obras. Antes quizás, había muerto Alonso Rodríguez. Isabel, la hija de Cervantes y Ana Franca, su hermana menor, quedaron huérfanas.

Miguel, á quien su hermana Magdalena comunicó la noticia, pensó en su vejez cercana, se acordó de su hija á quien no cono-

cía casi y que era ya una moza, y desde Sevilla arregló un modo de recogerla, echando mano de los buenos sentimientos de la generosa y benigna doña Magdalena. Buscóse á ambas huérfanas un tutor postizo, que era cierto Bartolomé de Torres, alquilón que se ocupaba en tales menesteres, y á los tres días de nombrado curador este buen hombre contrató el poner á Isabel en servicio de doña Magdalena, quien había de enseñarla á hacer labor y á coser y darla de comer y beber y cama y camisa lavada y hacerla buen tratamiento. Claro está que de todo esto hubo de enterarse doña Catalina de Salazar. Miguel se proponía, de esta manera, preparar suavemente la entrada y acogimiento de su hija natural en su familia legítima; columbraba cercanos los días de la senectud, sentía cada vez con mayor apremio la necesidad de estar tranquilo para poder con todo sosiego llevar á cabo su obra que iba entre los puntos de la pluma hinchándose y creciendo. No veía aún claro que Don Quijote muriese cuerdo en su cama; sí que había de volver á su casa, por fuerza ó por su voluntad, después de bien apaleado.

Un hecho muy sonado en Sevilla acabó de remachar su convicción de que íbamos cayendo, despeñándonos. En los días posteriores de Septiembre de 1599, el asistente de Sevilla, D. Diego Pimentel, recibió una carta con firma del Rey Felipe III, encargando que se hiciese muy buena acogida á la marquesa de Denia, que había ido á Sanlúcar para asistir al parto de su hija la condesa de Niebla. La marquesa de Denia era mujer del privado de Felipe III, de aquel inepto Lerma, progenitor de toda la polaquería española. Decíase que Felipe III, casi niño, habíase dado buen tiempo con la marquesa, y que esta amable señora fué quien inició al devoto monarca en los misterios dulcísimos que la astuta Lycenion mostró al inocente Dafnis. Lo cierto es que todo cuanto hoy suele llamarse *elemento oficial* de Sevilla, se dispuso á agasajar y regalar á la buena señora. El famoso veinticuatro y elegantísimo poeta D. Juan de Arguijo, recibió á la ilustre viajera en su finca de Tablantes, y para ello hizo tales y tan lujosos preparativos que echó la casa por la ventana, quedando arruinado para siempre.

La ciudad, asolada por la epidemia de carbuncos y tabas y por la miseria consiguiente, vió tirar sus dineros en mascaradas, comedias, simulacros de batallas navales en el Guadalquivir, cañas y toros que resultaron mansos, en la plaza de San Francisco. Por si esto era poco, el cabildo acordó regalar diez mil escudos de oro á la andariega señora, en cuyas manos puede decirse que se hallaba entonces la fortuna de España entera. El Ayuntamiento de Sevilla procedió en esto como el más adulador cortesano, y sólo hubo en él dos hombres independientes y dignos, Diego Ferrer y Juan Farfán, que se opusieron á despilfarro tan loco é injusto.

Aquella repugnante connivencia ó contemporización de todos los representantes del pueblo con las debilidades del monarca, era una señal de los tiempos. Todos los poetas satíricos de Sevilla, los que no estaban retratados en el libro-academia de Francisco Pacheco, soltaron sobre el asunto chorretadas de versos burlones. No es enteramente descaminado creer que la pluma ocupada en el *Quijote* borrajearse en un rato perdido este soneto:

—¿*Quae est ista quae ascendit de deserto?*—
preguntó un socarrón á un licenciado
in lege bellacorum graduado,
de bigote engomado y cuello abierto.
El cual le respondió, de risa muerto:
—Tiéneme esta braveza, seor soldado,
tan absorto y sin mí, tan abobado
que aun á informarme de lo que es no acierto.
Dicen que nace este alboroto y fiesta
de que Sevilla á una mujer recibe
que pago le hará con un *pax vobis*.—
Luego entró en su litera muy compuesta
y él, dándose en los pechos, dijo:—Vive,
gran marquesa: ya el Rey *ora pro nobis*.

CAPÍTULO XLIII

MIGUEL TRATA DE ACOGERSE Á SAGRADO.—VE "LA ESPAÑOLA INGLESA".—LOPE LLEGA Á SEVILLA.—AGRESIÓN A MIGUEL.
EL OTOÑO DE LA VIDA

El cardenal Don Fernando Niño de Guevara, á quien conocemos personalmente por haberle retratado de cuerpo entero y de tamaño natural nuestro gran Theotocópulos, era un hombre de mediana estatura, el rostro trigüeño, la barba entrecana, la boca grande, los ojos curiosísimos asomados tras unas antiparras enormes, con recia armadura de concha, limpia y desembarazada la frente, poderoso y grave el entrecejo: era un hombre fino, elegante, magnánimo, de largas manos dadivosas, donde relucían cuatro anillos, de espléndida vestidura, amplia muceta de raso duro, alba impecable con lujosísimos encajes de Venecia. En él todo indica una gran perspicacia y un aristocrático refinamiento. Era un cardenal español que italiano parecía y lo que en su antecesor D. Rodrigo de Castro, retratado por Pacheco, era socarronería sevillana, en Niño de Guevara más bien se creyera imperceptible sorna, muy en consonancia con sus gestos y sus gustos mundanos. En resumen, decirse puede que D. Rodrigo de Castro, muerto en 20 de Septiembre de 1600, era un hombre del siglo xvi y D. Fernando Niño de Guevara, nombrado poco después para sucederle, era un hombre del xvii y aun cuando esta de los siglos parezca una división arbitraria, en el caso presente no resulta así.

Del siglo xvi son Felipe II y todas sus grandezas y todos sus decaimientos: del siglo xvi la *Galatea*, las comedias de Cervan-